

CORREO DE LA QUINCENA

VOLUMEN XI

DEL 1ro. DE DICIEMBRE AL 1ro. DE FEBRERO

NUMS. 194 - 197

DIALECTICA DE LA GUERRA

Por: ABRAHAM GUILLEN



PETROLEO Y REVOLUCION (II) POEMA PARA OTRO ANIVERSARIO

“UNA ALIANZA INTERNACIONAL ES POSIBLE SOLO ENTRE NACIONES, CUYA EXISTENCIA, AUTONOMIA E INDEPENDENCIA EN SUS ASUNTOS INTERIORES SE INCLUYEN, POR CONSIGUIENTE, EN EL MISMO CONCEPTO DEL INTERNACIONALISMO.-

Marx.

C O N T E N I D O

PAGINAS

- PETROLEO Y REVOLUCION (II) Editorial	3
- LA DIALECTICA DE LA GUERRA Por Abraham GUILLEN	6 - 19 22 - 36
- <u>Poema Para Otro Aniversario</u> Poema de JUAN ANTONIO CORRETJER	20
- ¿Los Golpes Enseñan?	36

* * * * *

CORREO DE LA QUINCENA

* * * * *

Organo del Buró Político de la
LIGA SOCIALISTA PUERTORRIQUEÑA

Editor: Juan Antonio Corretjer

Dirección Postal: Apto 283
Guaynabo, Puerto Rico 00657

VOLUMEN XI - Núms. 194 - 197
del 1 de diciembre de 1973 al
1 de febrero de 1974

* * * * *

PETROLEO Y REVOLUCION

(II)

EDITORIAL

No importa cuales las opiniones acerca de la crisis provocada por el petróleo al imperialismo lo real es que la crisis no es una fantasía. Y es deber de los revolucionarios en todas los países hacer lo imposible por profundizarla. No es con apogeos del capitalismo que la revolución se nutre, sino con sus crisis. Aprovecharnos revolucionariamente de cada crisis del imperialismo es caminar estratégicamente bien hacia la crisis final del capitalismo y el triunfo definitivo de la revolución comunista.

Entre las fuerzas obligatoriamente eficaces en el desarrollo de este proyecto estratégico ninguna tiene mayor importancia que una certera combinación de las fuerzas revolucionarias estadounidenses y latinoamericanas. Por eso nosotros, comunistas puertorriqueños, nos preocupamos tanto con este problema. La alianza revolucionaria entre el proletariado de Estados Unidos y la clase trabajadora latinoamericana, menos diferenciada que la estadounidense excepto en Puerto Rico (por ser nuestro país colonia, la primera en la historia, militar-industrial de Estados Unidos) es tan obvia como lo señaló Lénin y tan obligatoria como lo ordenan las relaciones coloniales y semicoloniales entre la oligarquía financiera yanqui y el subcapitalismo latinoamericano.

Por eso señalamos, no con altivez sino con pena, el hecho evidente del retraso mental que, con respecto a la revolución y a su vanguardia comunista, guarda el proletariado norteamericano. Va sin decirse que la revolución latinoamericana ha sufrido en los pasados diez años derrotas muy dolorosas. Y si la revolución no las ha sufrido al igual en Estados Unidos es sólo porque el desarrollo revolucionario entre las nuestras y las suyas también fué desigual. No se sufren derrotas a profundidad sino cuando a profundidad se lucha. Y a profundidad de cala realmente revolucionaria solamente se empeñó, con los flancos penosamente expuestos, el proletariado negro. Suyas por lo tanto fueron las bajas que tocan en el corazón. Peores fueron las nuestras, que se cuentan por miles, y cuyo liderato, con los flancos también a la descubierta y traicionados por el revisionismo y el reformismo, riega con sus cadáveres, los de los mejores, desde Guatemala a Bolivia y desde la Argentina al Brasil; desde Colombia y Santo Domingo y desde el Uruguay a Québec, única nación latinoamericana al norte de Estados Unidos, la gran artesa formada por la inmensidad de nuestra familia de naciones.

No sabemos cuantas veces, en su idioma a los camaradas norteamericanos como en el nuestro a los nuestros, de 1949 al día de hoy, hemos señalado cómo, por una intensificación de la explotación imperialista, Wall St. ha trasladado adentro de su territorio, el potencial de un ejército revolucionario latinoamericano, que suple, con creces, los sueños bolivarianos de precipitar la independencia sudamericana desembarcando tropas grancolombianas en España para sublevar a favor suyo los republicanos españoles. Canto, para dar el tono, solamente una

cifra: en Nueva York nada mas hay un millón de puertorriqueños. Y junto al número el recuerdo que aquilata: ¿cuantos anónimos Oscar Collazo y Griselios Torresola; cuántos Rafael Cancel Miranda, Andrés Cordero, Irvin Flores y Lolitas Lebrón, trabajan calladamente en las fábricas, en los restoranes, en los plantíos, en espera inconsciente o paciente, del toque de clarín que los organice y los lance, no en una acción aislada, simbólicamente sublime, sino como falanges espartaquistas sublevadas para vencer al monstruo en sus entrañas, y ayudar al proletariado norteamericano a tomar revolucionariamente el poder, a tiempo que en nuestro país se hace lo propio, y cada nación latinoamericana es enjambre de balas contra el imperialismo y sus afinidades criollas?

Pero la realidad, a cada día vivida, comprueba, cruelmente, la incomprensión entre todos nosotros. Somos muy propensos a las más comovadoras funerals cuando nos matan un héroe; pero muy incompetentes cuando de hilvanar una consistente política revolucionaria continental se trata. Somos muy prestos en señalar la necesidad de no impacientarnos, lo cual es correcto, aunque no podemos olvidar que ya para Tomás de Aquino la paciencia era una forma del valor y los marxistas no podemos conformarnos con esa forma del valor por sublime que sea. Pero eso es lo que hacemos con la insistencia constante en la paciencia. Una cosa es jugar el tiempo estratégico contra el enemigo y otra, muy otra, echar ceniza teórica sobre los carbones aún ardientes de nuestro hogar revolucionario. Aunque el triunfo definitivo solamente se hará posible como tarea hemisférica tampoco puede cada país abrogarse el papel de exclusiva vanguardia como lo ha querido hacer Cuba, ni echarse nadie encima el pretexto de que tirarse antes es cosa exclusiva de otro y no de uno. Eso en cuanto a nosotros, los latinoamericanos.

Que en cuanto a los revolucionarios norteamericanos los problemas tambien pueden sintetizarse fácilmente. Baste recordar la falta de solidaridad revolucionaria con los negros: mientras éstos se sublevaban en los "ghettos" ¿cuantos revolucionarios blancos cargaron un revólver? Mientras los imperialistas asesinaban a 28 jefes de la "Panteras Negras", ¿quién combatió en los "ghettos" blancos de Chicago o Nueva York?

La actitud general de la izquierda norteamericana con la LIGA SOCIALISTA PUERTORRIQUEÑA es claramente sintomática de una incomprensión, evidentemente desprovista de mala fé en alguna u otra organización, pero comúnmente compartida entre todas, y ya no de tan buena fé en las más. Nosotros comprendemos muy bien la necesidad de concentrar en el autodesarrollo organizativo que al liderato auténticamente preocupa. Eso es legítimo. Desarrollar el partido a punto de eficacia en el movimiento revolucionario obrero es el primer deber de la vanguardia comunista norteamericana. Disponen del tiempo suficiente para llevar al respecto la política - siempre que sea revolucionaria, ideológica, estratégica y tácticamente hablando - que juzguen más conveniente.

Pero el tiempo revolucionario de la LIGA SOCIALISTA PUERTORRIQUEÑA no es el mismo porque su tarea es diferente. La LIGA SOCIALISTA PUERTORRIQUEÑA tiene como primer deber defender a Puerto Rico contra una invasión extranjera: la del imperialismo yanqui. La lucha por la independencia es una forma específica de la lucha de clases. Por dicha razón la LIGA SOCIALISTA PUERTORRIQUEÑA concentra en empujar cada vez más al independentismo pequeño-burgués (el que se ha teñido de rojo contrariando la enseñanza de Lénin o color rosa como es en otros casos) a tomar posiciones correspondientes a una práctica más revolucionaria. Pero, al mismo tiempo, trabaja principalmente, casi en la totalidad de su trabajo, entre obreros, tanto en el arrabal como en las uniones, dando dirección desde abajo, dirigiendo con la masa, y esquivando rivalidades obstaculizadoras dada la trágica e interesada lideritis que aqueja, por igual al independentismo y al obrerismo! En una palabra: a lo que la LIGA SOCIALISTA va es a prepararse como partido comunista de guerra que dirija la lucha revolucionaria por la independencia; que en el desarrollo de la misma, gane y obtenga reconocimiento de las masas para, tomado revolucionariamente el poder, establecer el poder obrero: la dictadura del proletariado.

Es desde este punto de vista que miramos, estratégicamente, hacia la crisis del petróleo. Si el viento que lleva no cambia, no tardará un año en que esa crisis haga estragos en Puerto Rico. Es por ésto que una vez mas clamamos ante el independentismo en general a unirse en un frente revolucionario antimperialista capaz de enfrentarse a ese momento.

Pero éste no es problema exclusivo de Puerto Rico. Lo del petróleo es problema mundial que a todos afecta. El proletariado norteamericano tiene una tarea que desempeñar en ella, con el mismo pero aún más imperativo propósito de aprovechamiento anticapitalista. Lo tiene el proletariado latinoamericano. Y, en éste, sobre todos, el venezolano y el puertorriqueño: aquél, por vivir sobre lo que es, materialmente, un lago de petróleo. Nosotros por lo que somos: una colonia militar industrial del imperialismo yanqui y su santuario de refinación petrolera al amparo de sus fuerzas armadas.

LA DIALECTICA DE LA GUERRA

Por Abraham GUILLEN

-I-

LAS CATEGORIAS DEL ARTE MILITAR

Un ejército está compuesto de partes que integran un todo. Algunas de estas partes pueden ser destruidas en el curso de algunas campañas, pero si se sabe hacer la guerra estratégicamente, el ejército nunca será aislado para ser aniquilado.

La filosofía de la guerra aconseja no entrar en una batalla problemática: hay que dar una batalla decisiva cuando se está seguro del triunfo, mediante un conocimiento estratégico.

No debe desencadenarse una insurrección armada contra el Estado burgués si no están dadas las condiciones revolucionarias objetivas y subjetivas; es decir, si no opera todavía a favor del movimiento revolucionario la lógica de los hechos y las leyes históricas.

Mientras un ejército revolucionario no es poderoso, su estrategia estriba en realizar operaciones ofensivas y defensivas que proporcionen, diariamente, pequeñas victorias propias y derrotas al enemigo. Esta estrategia debe practicarse hasta que la correlación de fuerzas en presencia sea favorable al Ejército Popular de Liberación. Durante la primera fase de la guerra revolucionaria hay que evitar ser blanco de las armas pesadas enemigas; no hay que quedarse de objetivo militar, pegándose al terreno. Contra la táctica del enemigo, que quiere aniquilar la guerrilla, en una sola batalla, hay que recurrir a la estrategia de combatir en muchas y pequeñas batallas, que debe perder el enemigo hasta cansarse y desmoralizarse.

No hay que lograr éxitos tácticos que constituyan, a la larga, derrotas estratégicas. Por ejemplo la operación Teruel - desencadenada por los republicanos contra los franquistas en 1938 - fué, inicialmente, un triunfo táctico, pero, posteriormente, se convirtió en una derrota estratégica de gran significación, ya que los franquistas, con su contraofensiva, cortaron el territorio republicano en dos frentes: el Centro-Sur y el de Cataluña-Aragón. En una guerra política, no todo se decide por las armas, al modo de las ofensivas sistemáticas de los países imperialistas.

Las tropas y el material gastados por los republicanos españoles en la ofensiva de Teruel y en la batalla del Ebro, los dejaron agotados, y, por lo tanto, a merced del enemigo, que pudo así ganar la última batalla, por estenuación del adversario. El error estratégico de estas dos operaciones estriba en que los republicanos no debían acelerar la terminación de la guerra, decidiéndola por las armas; pues importaba ganar tiempo, hasta que Europa tuviera que entrar en la segunda guerra

general, a fin de que los republicanos contaran a su favor con la contradicción democracias versus países totalitarios que estalló en 1939.

Para ganar tiempo, en España, la estrategia imponía la doctrina de la economía de fuerzas, incluso recurriendo, si preciso hubiera sido, a la creación de un frente discontinuo de grandes y pequeñas unidades guerrilleras. En este sentido la guerra no puede ganarse hasta que no maduran las condiciones internas y externas que le son inherentes: aspectos económicos, diplomáticos, sociales y políticos que sean contrarios al triunfo del adversario y favorables a la causa propia.

Entre naciones de gran poderío industrial cabe la estrategia de la ofensiva sostenida o de la "guerra relámpago", a base de librar grandes batallas; entre una nación subdesarrollada y una nación industrializada la guerra tiene una estrategia diferente que entre los países imperialistas.

Un país débil, que lucha contra otro fuerte, debe hacer una guerra maniobrera, con armas y unidades ligeras de gran capacidad de fuego y movilidad. Las ofensivas guerrilleras han de hacerse después que el servicio de información en campo enemigo indique, con precisión rigurosa, las zonas vulnerables, aisladas y dispersas del adversario. Hay que operar, en principio, contra tropas provistas de artillería anticarro, para apoderarse de esas armas y emplearlas luego, con ventaja, contra el enemigo; pues contando con bazookas, con minas plásticas anticarro y con artillería, se pueden obtener grandes éxitos sobre un ejército mecanizado, como el ejército norteamericano. La guerra de Corea y la de Vietnam son una buena prueba de esta táctica que permite batirse ventajosamente frente a un enemigo más poderoso que el ejército propio en material de guerra; pero que su propia pesadez le impide moverse ágilmente por todo terreno.

Para maniobrar sobre el terreno, las tropas propias deben marchar con una impedimenta ligera, mientras que el enemigo (como en el caso de los yanquis), se paraliza por sus pesados problemas de logística. Cuando se opera contra un ejército pesado el logro de una sola victoria resuelve, por algún tiempo, los abastecimientos de alimentos, armas y municiones obtenidos como botín. En este sentido, la industria de guerra y la intendencia de la guerrilla las tiene, en principio, el enemigo. Esta verdad condiciona los éxitos de las primeras operaciones guerrilleras; olvidarse es crearse contradicciones económicas y estratégicas insolubles, en campo propio, logísticamente.

En buena estrategia, hay que resolver los aspectos particulares de los distintos frentes, teniendo visión de conjunto en las operaciones. El guerrillero de verdad debe comer poco y marchar mucho; ahorrar municiones y comida; dominar su hambre, como la mejor arma secreta contra un enemigo poderoso.

-PRINCIPIOS DE GUERRA SUBVERSIVA-

La resolución de los problemas estratégicos y tácticos - que se presentan en una campaña de liberación antimperialista - requiere, en síntesis, tener en cuenta estos principios de la guerra revolucionaria:

1) Opónerse al espíritu de aventura tendiente a realizar operaciones ofensivas imprevistas, a la estatización y la pasividad en toda la

línea de los frentes; pues ello conduce a la derrota.

- 2) Desechar la estrategia de decisión rápida de la guerra, oponiéndose a las batallas largas; recomendar al Estado Mayor la práctica de una guerra prolongada, en cuyo desarrollo debe haber muchas batallas cortas a decisión rápida.
- 3) Practicar una guerra de frentes móviles; nunca de posición o en frentes estables y continuos, particularmente durante la primera y la segunda fase de la guerra revolucionaria.
- 4) No enfrentarse en una estrategia dual con ataques en dos direcciones, sino una acción y una dirección única.
- 5) Centralizar en el Estado Mayor la decisión estratégica dejando a los mandos de pequeñas y grandes unidades, gran autonomía, para que se adapten, en todo momento, a la situación táctica más conveniente para su economía de sus fuerzas.
- 6) La guerrilla debe ser un permanente medio de propaganda y organización política, en las regiones por donde pase. Debe ayudar a campesinos, obreros, y patriotas a castigar, implacablemente, las manifestaciones de militarismo despótico en sus propios filas.
- 7) La guerrilla ha de castigar el bandidismo propio y ajeno; practicar una estricta y necesaria disciplina militar, sin que ello de lugar a erigir mandos que se conviertan en señores de la guerra.
- 8) La guerrilla debe ser democrática y predicar con el ejemplo, para ganar así prestigio y población.
- 9) Los cuadros guerrilleros tienen que ser flexibles; preparados políticamente; poco sectarios; sagaces dialécticos, en política de guerra.
- 10) El Partido que dirija un movimiento de liberación ha de procurarse aliados en las clases sociales progresistas; el uso y abuso del terror no hacen ganar sino perder población. (Subrayado nuestro.)
- 11) La guerrilla ha de progresar, día a día, aumentado siempre sus efectivos; corregir sus errores; cosechar siempre nuevas enseñanzas; sus cuadros militares deben esforzarse por salir de su nivel primitivo pasando, continuamente, a un nivel táctico y estratégico superior para llegar así a una comprensión racional de la política de guerra; de la dialéctica de la guerra.

En la guerra hay que tener siempre en cuenta la interacción entre las propias fuerzas y las enemigas; entre las operaciones y las campañas; entre el reposo y el ataque; (concentración, dispersión, ataque, defensa, avance, retirada, ataque principal, y ataque de dispersión, etc.). Hay que hacer la guerra coordinando las operaciones que lo cubren todo (ejército regular) y las operaciones descentralizadas (ejército guerrillero operando en zona enemiga) hay que sincronizar la guerra de posición y la de movimiento; la de decisión rápida y la de entretenimiento; hay que armonizar la acción entre las grandes unidades y las pequeñas; entre los cuadros de mando y las tropas; entre las regiones propias y las enemigas;

entre las zonas que fueror propias y ya no lo son o entre las regiones fronterizas y marítimas con el interior; hay que utilizar militarmente - a su debido tiempo - las regiones frías y calurosas, en la lucha contra el enemigo hay que planificar el trabajo militar y el trabajo político; pues en una guerra político-militar ello es fundamental para el logro de la victoria; hay que estudiar ordenadamente las tareas cumplidas y las que haya por cumplir deben ser previstas dialécticamente, para no adelantarse ni retrasarse en la consecución de los objetivos principales y secundarios en un combate o una batalla.

-CATEGORIAS ESTRATEGICAS-

Las categorías del pensamiento estratégico son, entre otras, las siguientes: tiempo, espacio, fuego, movimiento, número, sorpresa, economía de fuerzas, libertad de movimientos, información objetiva, etc.

En saber combinar estas categorías, ya sea en el combate ofensivo o defensivo, reside el arte de la guerra, el secreto de la victoria.

Epaminondas, Alejandro el Grande, Pirro, Aníbal, César, Federico el Grande de Alemania, Napoleón y otros grandes capitanes, sabían, por intuición o por intelección, armonizar operacionalmente las categorías del pensamiento estratégico.

En la guerra revolucionaria, mas que en las guerras nacionales o en las imperialistas, hay otra categoría esencial: la población. Pues toda acción revolucionaria, podrá ser un éxito táctico; pero en definitiva, se traducirá en fracaso estratégico, sin población favorable. (Subrayado nuestro.)

El uso racional del pensamiento estratégico, implica que las categorías de la guerra han de ser conocidas, como teoría de conocimiento polemológico, a la escala de mandos superiores, intermedios y cuadros de dirección política, tanto para la conducción de una guerra nacional como de una revolución social. La polemología (ciencia de la guerra) y la praxiología (método para la acción), dan, a políticos y militares, (que no pueden ir separados sino juntos en la guerra revolucionaria), un campo visual amplio de la guerra, sus principios y su caracterización. En ese sentido diríamos que las revoluciones (si bien casi todas ellas son espontáneas) sólo triunfan cuando cuentan con cuadros políticos y estratégicos, capaces de conducirlos a la victoria militar, primero; a la victoria política, económica y social, después. Una revolución, en la cual todos sus factores objetivos y subjetivos sean espontáneos, es, generalmente, derrotada, como los levantamientos desorganizados y estratégicos de campesinos y obreros, que se han sucedido en la historia universal.

El flexible y racional manejo, práctico e intelectual, de las categorías del pensamiento estratégico, indica, por ejemplo, que cuando no se es fuerte en potencia de fuego, número de soldados y armas pesadas, hay que ceder espacio, ganar población y guerrilleros en función del tiempo, para que los factores secundarios, (moral, política, etc.) ganen la guerra en la mesa de negociaciones diplomáticas o políticas. Respecto

al factor tiempo, como categoría básica de la guerra, tiene importancia subrayar que en nuestra época, casi todas las guerras revolucionarias suelen durar de cinco a seis años, como promedio, dando lugar después a la negociación política y diplomática de los conflictos. Si el pueblo tiene moral, guerrilla potente y un poderoso ejército de liberación, decide las negociaciones de paz a su favor; si sucediera lo contrario, la guerra será perdida o convertida en una mala paz para el pueblo insurreccionado.

En el caso de Santo Domingo en 1965, la falta de espacio estratégico para el coronel Caamaño, condujo a las negociaciones de paz; habiendo el enemigo logrado por la política sus objetivos de desembarco de los "marines", mientras que el pueblo dominicano quedaba desamparado.

El análisis de las categorías de la guerra, su combinación y oposición dialéctica, debe constituir el estudio profundo del revolucionario, preparado, estratégicamente, para enfrentarse con la fuerza represiva sobre el pueblo trabajador, tanto la del frente interno (ejércitos ci-payos) como la del frente externo (ejércitos imperialistas) que pueden operar contra el pueblo insurreccionado, al mismo tiempo o sucesivamente (Casos Santo Domingo o Vietnam). No hay, pues, que dejar a la improvisación, táctica y estratégica, la defensa de una revolución: es hora ya de que los revolucionarios sepan tanto del arte de la guerra como los mejores generales enemigos para poder vencerlos, racional y estratégicamente, sin fiar el curso de una guerra revolucionaria a los factores espontáneos, por mas favorables que ellos fueren.

Una síntesis esquemática de las categorías del pensamiento estratégico podría enunciarse, concisamente, en este orden de ideas:

I. - ¿QUE ES LA ESTRATEGIA? -

Es tan vasto el problema de definición de la guerra total que no hay dos autores de acuerdo sobre la categoría o concepto: estrategia. Podría afirmarse que la estrategia estudia la guerra en el espacio, el tiempo, la población, la nación, la política internacional, la clase de armamentos, la combinación de las campañas militares, su duración y finalidad política, la región, el terreno, la época del año, etc. En síntesis, la estrategia traza el plan general de guerra, la serie de batallas o combates para conseguir el fin político propuesto, así como la duración e intensidad de los encuentros con el enemigo, como una cadena de acontecimientos previstos, queridos, siendo unos causas de los otros.

Corresponde también a la estrategia mejorar la política y la moral de las tropas; infundir entusiasmo y fervor a los combatientes por medio de delegados del pueblo; exaltar la fe en la propia ideología como causa de lucha; estimular el valor de los comandantes y la valentía de las tropas; procurar la autodisciplina en los guerrilleros y la disciplina en los soldados revolucionarios; afirmar su ideología política mediante sesiones de autocrítica, que barran los prejuicios morales y psicológicos peculiares de la cultura, la política o la filosofía del enemigo. Si la moral es al material de guerra como 3 a 1, como decía Napoleón, el combatiente revolucionario debe estar dispuesto a marchar 30 kilómetros y luego a combatir 2 horas, como los "sans coulottes" de Napoleón, sobre

todo en una guerra de guerrillas con frente móvil (sin regularidad de líneas); extendido por todo un territorio nacional o continental, en forma de "piel de leopardo".

Es difícil definir la estrategia, ya que es la doctrina de la guerra total: consecuentemente requiere un saber absoluto, politécnico, polivalente y, al mismo tiempo, práctico; pues hay que dejar a la práctica que corrija, todos los días, los errores estratégicos propios, estimulando los del enemigo.

II. - ¿QUE ES TACTICA? -

Se confunde la táctica con la estrategia. La táctica, por definición, tendría por objeto preparar los combates en un lugar del frente de guerra; la estrategia, en todo el espacio estratégico; la táctica toma el combate en forma aislada; la estrategia estudia la sucesión de combates, sus usos y finalidad política, geográfica, económica, etc.; la estrategia y la táctica se combinan en tiempo y espacio; la primera va más unida al tiempo; la segunda, al espacio.

Clausewitz, al definir la táctica y la estrategia, dice: - "Surgen de aquí dos actividades diferentes: preparar y conducir individualmente los encuentros aislados y combinarlos unos con otros. La primera se llama la táctica, la segunda estrategia." Más adelante, este teórico del arte de la guerra define así la táctica y la estrategia: "...la táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra." (Karl von Clausewitz, "De La Guerra", Lib. II, Cap. 1)

En la guerra total la táctica es muy importante: señala la clase de combate, los medios y los objetivos: (batallas, campañas, combates, cuarteles, comisarías, aeródromos, espionaje, sabotaje, atentados, secuestros, estaciones fluviales, férreas o ruterías, manifestaciones, actos de protesta, actos de propaganda armada, combates nocturnos, etc. etc.) Un reglamento táctico de guerra revolucionaria es algo que debe permanecer secreto; no puede ser público, como su estrategia. Tales han sido las experiencias históricas de los movimientos guerrilleros de estos últimos tiempos, en cuanto a mantener secreto su reglamento táctico: no debe ser escrito, sino grabado en la memoria del guerrillero, para no haya nunca pruebas contra él, para no dar información precisa al enemigo.

III. - EL TIEMPO ESTRATEGICO -

Como todas las cosas, la guerra tiene lugar en el espacio y dura en el tiempo. Esta verdad de Perogrullo encierra, sin embargo, una profunda filosofía polemológica. Clausewitz, analizando la categoría tiempo bélico, dice: "...La mera duración del combate será suficiente para hacer, en forma gradual, que la pérdida de fuerzas experimentadas por el enemigo llegue a un punto en que el objetivo político no sea ya un equivalente adecuado, y en ese punto, tendrá, por ende, que abandonar la lucha." (Ob.cit., Lib. I, Cap. II) Como la guerra es una contradicción, una oposición, entre dos ejércitos, dos naciones, dos bandos, dos bloques o dos clases sociales (principales antagónicas) resulta de esta dialéctica que de los dos polos de una contradicción uno se

desarrolla siempre desigualmente respecto del otro, en función del tiempo, y tiende a devenir su contrario absorbente y dominante.

Estados Unidos, por ejemplo, en la guerra de Viet-Nam, a medida que ésta se prolonga en el tiempo, va experimentando pérdida de fuerzas morales, políticas, materiales y humanas, que lo desalientan en la consecución del "objetivo político" por el cual entró en la guerra, y lo llevaría a la mesa de "paz honrosa" para salir de un conflicto en que el tiempo de duración no se percibe, convirtiendo así todas las victorias tácticas norteamericanas en una gran derrota estratégica. Pues, a pesar de que Estados Unidos puede ocupar todo el espacio vietnamita, con sus grandes unidades y sus armamentos pesados, no está seguro de ganar una guerra, delante y detrás de su retaguardia, que se prolonga siempre en el tiempo, ya que quien tiene población favorable puede durar en el tiempo; pero no quien no la tuviere, incluso el poderoso ejército norteamericano. El hecho de que los guerrilleros vietnamitas hagan una guerra popular en superficie, por todas partes y en todo el territorio de un país, hace dispersar, en el espacio, al enemigo poderoso, para poder durar más que él en el tiempo, haciendo que triunfe la estrategia de duración sobre la estrategia logística. Esta ventaja del General Tiempo sobre el General Espacio, se daría más favorablemente aún en el continente latinoamericano, que en la pequeña nación vietnamita, frente a Estados Unidos.

La categoría tiempo estratégico implica, que entre dos contrarios que se interpenetran recíprocamente, uno se desgasta y agota más que el otro, perdiendo, a la larga, su voluntad de resistencia, su moral de combate, su capacidad de continuar la acción, frecuentemente por una desmoralización política de la retaguardia lejana, como en el caso de Estados Unidos, cuya población no acompaña al gobierno en una guerra impopular: detestada por estudiantes, obreros y clases medias, por todas las religiones, etc.

En esta orden de ideas estratégicas, Clausewitz recomendaba la defensiva para la ofensiva, como la posición más fuerte de la guerra, esperando el trastocamiento de potencia de fuerzas. En el caso de la guerrilla, sólo el tiempo puede crear con ella un ejército grande de liberación, hasta que lo grande se convierte en chico y lo chico en grande; la guerrilla en ejército triunfador y la pequeña zona liberada en nación independiente y soberana. Se diría pues, que la guerrilla siempre cede terreno, pero solo para durar; para ganar tiempo político; para acreditarse en las masas populares, a fin de ponerlas en acción insurreccional. Finalmente, cuando el enemigo está desmoralizado, agotado, acabado, se recupera de una sola vez el terreno cedido; pero en cual siempre la población que quedaba sea favorable (como guerrilla) al ejército popular de liberación. En la vieja estrategia lo fundamental era desalojar al enemigo del espacio y ocuparlo con batallas frontales, a fuerza bruta; en la estrategia de la guerra revolucionaria, lo esencial es conquistar la población, políticamente, por medio de la acción, de actos armados en función de lo querido y deseado por un pueblo oprimido y explotado.

En la guerra popular hay que jugar con el espacio para poder durar en el tiempo; importa más destruir al adversario y equiparse con sus municiones y armamentos (en combates de cerco y aniquilamiento),

que tomar ciudades o regiones enteras, que no se podrían luego retener en una gran batalla frontal, por falta de artillería, aviación y blindados. Nunca hay que dar posibilidad a un enemigo poderoso (con enorme economía de guerra) de batir a un ejército popular en una gran batalla de duración, de días o semanas. Al contrario, mientras el pueblo no tenga armamentos pesados, hay que conseguir éxitos breves y numerosos, huyendo de las grandes batallas como de la peste.

IV. - EL ESPACIO ESTRATEGICO -

La guerra revolucionaria ha dejado de ser esclava de las posiciones regulares, del encuadre geométrico de unidad con unidad sobre la línea de frente, a derecha e izquierda, ya que la guerrilla puede pasar, si lo quiere, (y es siempre su misión) a campo enemigo, debido a que camina por todo terreno, mediante pequeñas unidades de combate, tanto en la ciudad como en el campo.

En general, un ejército popular revolucionario no debe dar, al mismo tiempo, varios combates o batallas en el espacio, como Hitler avanzando, simultáneamente, hacia Moscú (capital de la URSS) y hacia el Cáucaso (capital del petróleo). El que quiera cazar dos liebres, a la vez, perderá las dos y su tiempo, estérilmente.

Para el guerrillero del campo o la ciudad, lo importante es desplazarse rápidamente en el espacio, única manera de poder durar en el tiempo, en la ciudad, cambiando constantemente de vehículos; en el campo, siendo doble de veloz de el enemigo, en las marchas por todo terreno; la movilidad, la velocidad, la seguridad y la combatividad, son las cuatro virtudes estratégicas fundamentales del guerrillero.

Para vencer a un enemigo poderoso, que estaría en la relación del gigante con el pigmeo, como en el caso del ejército norteamericano con las guerrillas latinoamericanas, hay un solo medio estratégico infalible, para lograr la victoria el pueblo; llevar la guerra de guerrillas a los 22 millones de kilómetros cuadrados que tiene la América Latina con lo cual no habría nunca ni un soldado yanqui por kilómetro cuadrado. Estando en esa dispersión, el Pentágono sería vencido en el ancho espacio estratégico latinoamericano, ni siquiera con armas sino con palos. Prolongando en el tiempo la guerra y extendiéndola en el espacio, los guerrilleros latinoamericanos pueden y deben vencer juntos a los ejércitos imperialistas y a los ejércitos cipayos.

En las guerrillas urbanas, igualmente, se debe combatir en toda la ciudad sin lavarse en el terreno - como hacen los estuديات al no salir de los espacios universitarios, o de determinadas calles; lo cual facilita la tarea represiva del enemigo; hay que combatir en guerra de superficie, jamás en frente fijo, para escurrirse en el espacio y durar en el tiempo.

En la guerra, el espacio y el tiempo interdependen estratégicamente: cuando un ejército es muy fuerte en fuerzas, maquinaria bélica y potencia de fuego trata de ganar terreno; cuando un ejército es extremadamente débil procura ganar tiempo, escapando a los cercos y batallas que le tiende el adversario.

Por otra parte, cuando mas grande es un ejército en número más lentos son sus movimientos, marchas y despliegues. En cambio, una guerrilla o un ejército popular diminuto, que cuenta con apoyo de la población, puede pasar, cuantas veces lo deseen, a la retaguardia del enemigo, desglosándose en pequeñas unidades, capaces de marchar por todo terreno, como sería el caso de los guerrilleros vietnamitas, argelinos, cubanos, etc. Ello es posible cuando la población informa, a tiempo, de los movimientos de cerco enemigo, para salir de él antes de que éste se cierre sobre la guerrilla.

Ganar tiempo es muy importante estratégicamente: a) permite replegarse hasta terreno y población favorable, para luego pasar del combate defensivo al ofensivo; b) atrae al adversario a desfiladeros y zonas en que las tropas guerrilleras separadas pueden estar juntas en poco tiempo, para utilizar su máxima potencia de choque, asalto y fuego; c) cansa al adversario con marchas adversarias de persecución, hasta que su moral cae, momento en que la guerrilla pasa a la ofensiva fulminante, por cerco y aniquilamiento del enemigo separado del grueso de su ejército.

En fin, el tiempo está en el combate como duración del mismo. El guerrillero ha de procurar victorias chicas y rápidas, para no perder su efímera superioridad de número y de fuego contra un poderoso ejército regular, al cual no hay que dar oportunidad para una batalla larga, sino muy corta en el tiempo y chica sobre el espacio.

Un grupo guerrillero no ha de extenderse demasiado en el espacio: su punto límite de separación debe estar dado por no mas de una jornada de marcha entre todas las columnas guerrilleras separadas de una base de operaciones, a fin de que se cumpla el principio estratégico de vivir separados y combatir juntos; pues tropa que no interviene en el combate es como si no existiera.

La estrategia guerrillera, en campo y ciudad, debe preparar combates en espacios grandes y por un tiempo muy breve de lucha, a fin de ser fuerte donde el enemigo es débil, no dándole ocasión para que se haga fuerte con un combate prolongado, hasta que sus reservas puedan ser movilizadas. De ocurrir eso, la guerrilla quedaría clavada al terreno: sería aniquilada por un adversario más potente en número y en fuego, en cuanto las fuerzas de éste puedan ser reunidas, si el combate fuere prolongado. La estrategia sublime de una guerrilla es a base de la "guerra relámpago", hasta que vaya creciendo en número de fuerzas y potencia de fuego sobre su adversario, en función de tiempo, de ceder espacio y del apoyo de la población.

Una guerrilla urbana o rural, bien dirigida táctica y estratégicamente, no debe cometer la torpeza de caer en la guerra de posición, en una defensiva estática, ya que una tropa chica, que se defiende, siempre sufre la ley del adversario, al quedarse clavada al terreno. Hay, por consiguiente, que ser partidario de la guerra de movimiento, de los ataques relámpagos, de la guerra en superficie para obligar al enemigo en el sentido de los movimientos queridos por la guerrilla, con lo cual éste perderá la iniciativa en las operaciones: su libertad de movimientos.

Una guerrilla revolucionaria debe ser como una estrella fugaz pasando por todos los sitios, pero siendo incercable; tiene que ser un medio de propaganda política constante, para levantar al pueblo en armas, en todo el territorio de un país. La guerrilla es un punto rebelde: indica que si se para será inmediatamente cercado, ya que el punto no es la superficie; debe moverse por todas partes para dejar cientos de puntos rebeldes; así la guerra revolucionaria se extenderá por todo el espacio en función del tiempo, de la duración política y estratégica de la guerrilla.

Un ejército guerrillero está dentro de la línea interior; cercado por un enemigo muy grande y poderoso; pero la guerrilla puede, de día o de noche, salir del interior a la línea exterior para cercar una unidad o un pueblo en campo enemigo que, a su vez, estarán cercados como la línea interior y con menos potencia de fuego y de número que los guerrilleros. Esta fina dialéctica de la guerra convierte, en función del tiempo y el espacio, lo débil en fuerte y viceversa.

En una guerrilla urbana, las posibilidades de duración y de clandestinidad coherentes están en relación directa de la mayor o menor extensión parcelaria de una ciudad, de la cantidad de población favorable con que cuenta. En una ciudad chica, a partir de unos miles de habitantes, si hay población favorable al máximo, puede operar una guerrilla con muchas probabilidades de éxito, sobre todo, en guerras insurreccionales contra un invasor odiado por todo el pueblo.

Una guerrilla urbana debe buscar los "ghettos" proletarios donde la población le dé cobertura, como la "Casbah" de Argel, o los "ghettos" negros de las ciudades norteamericanas. Hay, sin embargo, una limitación estratégico-política a esas guerrillas: que su población favorable se termine más allá de la población de color, árabe o negra. En ese sentido, Argel tenía dos ciudades: la árabe y la europea. Las ciudades norteamericanas son dos ciudades en una: la negra y la blanca. En este sentido, la guerrilla puede triunfar en su zona de población favorable pero no progresa en la zona de población desfavorable, donde, al contrario, es delatada ante las fuerzas represivas. La ventaja de la "Casbah" no obstante, residía en que el interior del país argelino era desfavorable para el ocupante francés. En cambio, los negros norteamericanos del "ghetto" urbano tienen poca población favorable en el interior del país norteamericano. El negro estadounidense deberá ser liberado, por tanto, al par de la guerra de liberación latinoamericana contra el imperialismo del dólar. Los "ghettos" negros norteamericanos constituirán así la retaguardia popular favorable a los latinoamericanos en el propio territorio de Estados Unidos. La liberación del proletariado de color norteamericano se entronca, política y estratégicamente, con la liberación de los pueblos del "Tercer Mundo", particularmente con los pueblos latinoamericanos.

En fin, sobre el problema del espacio estratégico urbano, la guerrilla de ciudad nunca debe salir de ella ni de sus "ghettos" o suburbios, ya que estaría expuesta a ser inmovilizada por el enemigo como un pez en tierra. Hay que estar siempre en el bosque de casas: pues unas cuabras, más allá o más acá, nadie conoce a nadie; es pues un gran error estratégico ser guerrillero urbano e irse a vivir a una casita cercana a la ciudad; aunque se saliera triunfante de un cerco, ¿cómo se volvería a la ciudad en un espacio vacío de casas y con las rutas

vigiladas? El guerrillero que ya no tiene otro remedio, por ser su foto muy conocida en todas las ciudades o ciudad donde él opere.

V. - PRINCIPIO DE LA ECONOMIA DE FUERZAS -

La aplicación racional de este principio constituye el secreto del genio militar, en conductor de una guerra o de una revolución. Clausewitz subraya el "principio de vigilar continuamente la cooperación de todas las fuerzas o, en otras palabras, de cuidar constantemente que ninguna parte de las mismas permanezca ociosa", indicando que "el derroche de fuerzas es peor aún que su uso inapropiado". Es evidente que toda tropa que no interviene en el combate, directa o indirectamente, (como reserva inmediata), es como si no existiera. Consecuentemente, un ejército grande puede ser anulado con tal que nunca pueda reunir todas sus fuerzas, en tiempo y espacio, contra una guerrilla rural o urbana. Se hace una guerra conducida con una estrategia sublime, cuando el bando más chico es, sin embargo, más grande, más fuerte, más poderoso, en el lugar elegido para la batalla, que el ejército poderoso, incapaz de reunir toda su potencia de fuego y de número debido a que la guerrilla escapa a toda posibilidad de que el adversario tenga tiempo de ser superior a ella en el espacio elegido por ésta para el combate breve, rápido, de cerco, de aniquilamiento instantáneo.

Un ejército popular debe planificar sus operaciones de tal suerte que siempre sea 2,3,4,5,...o más veces superior al enemigo en un punto dado y por tiempo muy limitado, para cercarlo y abastecerse a expensas de sus provisiones, armamentos y municiones. Con superioridad de número y de fuego una guerrilla tira la red: siempre el enemigo cae dentro de ella, si la operación ha sido bien programada y la información objetiva y fresca. De esta manera, aunque el enemigo sea mil veces superior en todo el frente, con relación a una guerrilla rural o urbana, ella puede ser, no obstante, 5 veces más poderosa, en un lugar determinado, siempre que no se enfrasque en una batalla de desgaste, de duración, de defensa del terreno; pues lo que para ella es destruir al enemigo y vivir a cuenta de las reservas logísticas de éste.

En estrategia, lo importante es ir venciendo al enemigo sin que tenga sus fuerzas reunidas: poco a poco; batidas por separado; una a una; hasta que el bando chico se haga grande y se trastoque la relación de fuerzas en presencia. Sólo entonces, cuando una guerrilla se haya convertido en gran ejército de liberación, puede hacer grandes operaciones para ocupar el espacio en manos del enemigo; pero si se carece de armas pesadas y aviación no se debe acelerar la terminación de la guerra por medio de grandes batallas, ya que la guerrilla convertida en ejército podría ser derrotada como ejército regular: sin marina, blindados, artillería y aviación. En una guerra revolucionaria, el objetivo clasista de la victoria militar total decidida por las armas, no es lo fundamental, sino lo secundario; el objetivo es la paz más que la victoria: aunque la primera puede ser resultado de la segunda; pero en una guerra revolucionaria siempre la paz se decide en la mesa de negociaciones: los generales están así obligados a actuar como diplomáticos, como ha sucedido en Indochina, Argelia, etc.

El principio de economía de fuerzas reside en ser fuerte y deci-

sivo en el lugar elegido para el combate, independientemente de ser el bando más débil. Hay, pues, que tener más rendimiento táctico en las fuerzas, por medio de una estrategia brillante. Sobre todo, una guerrilla revolucionaria ha de basar su doctrina militar en cercar y aniquilar al enemigo, para desmoralizarlo, vivir enquistado en sus recursos logísticos e ir quitándole, poco a poco, sus fuerzas materiales: (armamentos, soldados, posiciones estratégicas, etc.).

Para realizar una estrategia correcta, en cuanto al principio de economía de fuerzas, hay que partir de una dialéctica de la guerra, basada en hacer siempre todo lo contrario que haga el enemigo: si avanza, retroceder; si se acantona, hostigarlo para que no descanse; si está fatigado, atacarlo con gran superioridad de número y fuego; si se retira, perseguirlo implacablemente; si está dispersado, concentrarse para batirlo: unidad por unidad; si es fuerte en el espacio, cedérselo pero ganar tiempo atrayéndose población favorable; si quiere batallas grandes, darle combates cortos y fulminantes; si pretende una batalla de línea, hacerle una guerra en superficie, en todas partes y en ninguna con frente fijo.

Emplear racionalmente el principio de economía de fuerzas, es propio de un comandante victorioso; los "generales bebedores de sangre" suelen ser partidarios de la batalla frontal: guerra de choque de masas, que deja el campo de batalla sembrado de cadáveres por ambos bandos contendientes.

Epaminondas venció a sus adversarios siempre con inferioridad de número, en lo general, pero con sensible superioridad en el lugar decisivo. Aníbal derrotó a los romanos en Cannas con los dos tercios de las fuerzas de ellos, mediante una brillante maniobra de envolvimiento; Napoleón siempre fue victorioso mientras pudo dar batallas con superioridad numérica relativa, aunque no lo fuera absolutamente; sabía reunir sus tropas en el lugar decisivo con más potencia de choque, de fuego y número que sus enemigos. Cuando le fue imposible conseguirlo - según Clausewitz - perdió las batallas de Leipzig, Laón y Waterloo.

En la guerra revolucionaria, el principio de economía de fuerzas es más importante que en la guerra de frentes regulares, de ejércitos a base de grandes unidades. En Argelia, por ejemplo, no más de 40,000 guerrilleros urbanos y rurales llevaron a la mesa de negociaciones de paz a un ejército con más de 600,000 soldados y policas.

Fidel Castro cuenta que en la batalla de Guisa, en 1958, el Ejército Rebelde enfrentó con 200 guerrilleros, de los cuales 100 eran novatos, a unos 5,000 soldados regulares apoyados por tanques, aviación y artillería, sin que con esa maquinaria de guerra pudieran copar o desalojar a los guerrilleros de sus posiciones.

En la guerra revolcuionaria lo importante es el hombre no la maquinaria de guerra. Los norteamericanos gastan en Viet-Nam unos u\$ 25.000 millones por año, para financiar la intervención de su ejército de más de 500.000 soldados; equipados con gran lujo de material bélico moderno. Sin embargo, los guerrilleros viet-namitas siempre que se lo proponen aparecen por todas partes y desaparecen igual que han aparecido, luego de derrotar a cipayos y yanquis, dispersados en pequeñas unidades, a causa de la guerra revolucionaria en superficie.

VI. - LA LIBERTAD DE MOVIMIENTOS -

Cuando una fuerza guerrillera entre al ataque debe hacerlo con superioridad de fuego y de número, a fin de no quedar clavada al terreno por el fuego y la fuerza del enemigo, para no perder la libertad de movimientos, estrategia fundamental de guerrillero, basada en la movilidad y la sorpresa. Forzar al adversario a modificar sus planes operativos, a seguir, sin iniciativa, los combates que le imponga la guerrilla, es contar, en todo momento, con libertad de acción. Simular una finta en un lado y atacar decisivamente por otro, fatigar en largas marchas al adversario, llevarlo al terreno elegido para cercarlo y aniquilarlo, es saber hacer la guerra de movimiento, sin perder jamás la iniciativa, base de la victoria. Esquivar un fuerte golpe del enemigo en un lugar desfavorable y atacarlo y cercarlo en terreno y población favorable, es conocer el arte de la guerra de movimiento, atacando siempre donde el adversario es débil y eludiéndolo donde sea fuerte.

Todos los principios de la guerra se resumen en uno: conservar la iniciativa en las operaciones, empleando siempre la cantidad de fuerzas y fuego conveniente para realizar una maniobra rápida de cerco y aniquilamiento del adversario, atacándolo sorpresivamente. En realidad, la libertad de acción estratégica se logra a base del principio de economía de fuerzas, tratando de ser superior, en tiempo y espacio, en el lugar elegido para el combate. Para ser fuerte en un punto decisivo, hay que evitar la guerra defensiva, estática, que reparte las fuerzas con igual profundidad o densidad en todo el frente. Al contrario, la dispersión de fuerzas en un sector grande permite la concentración en otro, siendo así fuerte donde el enemigo es más débil. Por ser la guerra revolucionaria, en el caso de la guerrilla, una guerra sin frentes fijos, permite que ella sea más fuerte en un punto, tan solo porque no lo puede ser en todos hasta la tercera fase de la guerra revolucionaria.

La dialéctica del bando más chico es hacer todo lo contrario que el bando más grande, para conservar la libertad de movimientos, sin lo cual una guerrilla no recorre un país, propaga la revolución, levanta al pueblo en armas y dispersa al enemigo por todo el espacio, a fin de que así ella pueda ser más fuerte en el lugar elegido para el combate ofensivo.

A diferencia de las guerras de liberación, en que la guerrilla tiene libertad de movimientos, las grandes potencias nucleares se neutralizan por el equilibrio del terror atómico. En el caso de la URSS y de los EE. UU., la guerra se reduce a declaraciones rimbombantes y a lanzar, con bombo y platillos, cohetes intercontinentales, satélites artificiales y anuncios de superbombas nucleares. Sin embargo, en el caso de la "crisis del Caribe", en 1962, las dos potencias nucleares máximas llegaron a un acuerdo, cambiando los emplazamientos de cohetes yanquis en Turquía por los cohetes soviéticos en Cuba, sin que los soviéticos tuvieran muy en cuenta a los cubanos. En la crisis del Medio Oriente, durante la "guerra de los siete días", entre judíos y árabes, las grandes potencias - soviéticos y anglosajones - fueron meros testigos o espectadores, sin poder hacer ni la guerra ni la paz. Quiere, pues, decir que la libertad de movi-

mientos no la tienen las grandes potencias, sino los guerrilleros que se mueven en tiempo y espacio, antes de llegar a la toma del Poder, a constituirse en gobierno, a tener ciudades, industrias y un espacio fijo que defender.

Se puede llegar más fácilmente de guerrillero a primer ministro que de éste cargo a guerrillero, otra vez. Fidel Castro es menos libre estratégicamente como Jefe de gobierno que como comandante de guerrilleros en SierraMaestra. Consecuentemente, la historia no la hacen ya las grandes potencias, con armamentos pesados y armas nucleares, sino el hombre rebelado contra las tiranías, que hace una guerra revolucionaria por un ancho y largo espacio, donde es él quien lleva la iniciativa para hacer la historia contemporánea.

Estratégicamente, para no perder la libertad de movimientos, la iniciativa en las operaciones, la libertad de acción, una guerrilla o un ejército de liberación, no deben liberar ciudades ni grandes espacios de terreno, antes de que el enemigo esté muy abatido, desmoralizado, desgastado, obligado a entrar en la paz, debido a que la guerra es larga y ha acabado con sus reservas morales y políticas. En la guerra revolucionaria siempre debe estar la libertad de movimientos de parte del ejército de liberación, a fin de tener a favor el General Tiempo, el General Espacio, el General Población, el General Moral, el General Unión del Pueblo, que son más fuertes que los Generales del Pentágono.

VII. - LA SORPRESA EN EL ATAQUE -

Siempre se ha dicho que, en un ataque por sorpresa, el éxito está de por sí asegurado, ya que ésta constituye la mitad de la victoria. Para Clausewitz, la sorpresa significa, sin excepción, el fundamento de todas las empresas estratégicas y tácticas; pero para poder garantizarla es necesario que las operaciones se mantengan en secreto, se lleven con extrema rapidez y se esté bien informado sobre la cantidad, la calidad y la dirección o situación del enemigo, a fin de lograr una superioridad absoluta de fuego y número sobre él.

La sorpresa es más un elemento táctico que estratégico: se sorprende a un enemigo en un pequeño espacio, pero es difícil en todo un territorio grande, debido al movimiento de tropas y a su duración de marchas en el tiempo. La sorpresa es propia de movimientos rápidos, apareciendo donde no lo esperaba el enemigo, o llegando a un punto antes que él, caminando velozmente por todo terreno.

En los movimientos guerrilleros urbanos y rurales, hay que cuidar mucho que el enemigo no introduzca confidentes, ya que la sorpresa es más de la mitad de los éxitos, en los combates. Si el adversario supiera el lugar, la hora (H) y el día (D) de una operación guerrillera ésta sería destruída con facilidad, ya que su superioridad es muy relativa y su inferioridad absoluta muy grande. Sólo una clandestinidad coherente puede garantizar las operaciones ofensivas guerrilleras, su seguridad y el factor sorpresa a su favor, sin el cual no se puede sobrevivir frente a un poderoso ejército regular represivo.

POEMA PARA OTRO ANIVERSARIO

Por Juan Antonio CORRETJER

Quiero recordarles cuando nací, yo,
hijo pecador de Diego Candoroso y María Brígida Circunspecta.
Y hace mucho tiempo, ahora se cumplen no sé cuantos años,
esposo amantísimo de Consuelo La Rebelde.
El Balbas saltaba entonces tan espumoso y ancho
que parecía macizo, duro, y en la callada noche
La Sonadora bramaba sobre la Plaza de Ciales como
si se dejara caer desde la vieja Torre de la Iglesia.
La gente sabia del pueblo - que la había -
pronosticaba cómo, un día,
el río correría por las calles
e invisiblemente llegada, la luz se haría en todo Ciales
con solamente apretar un botón, un botoncito negro y redondo.
Nadie, sin embargo, nadie era tan atrevido
o sabio para dejarnos saber cuando
oiríamos tronar en nuestras propias casas
los cañones de España,
los obuses de Coventry
y muchísimo menos contemplar
la luna pisoteada por los imperialistas.
- (Y uno, así, poeta y combatiente y todo
sin poder siquiera decir jí.) -
He vivido bastante para ver cumplidas
aquellas profecías, he vivido
para ver realizado lo no predicho

- yo, Juan Antonio Corretjer Montes, de 65 años

de edad en 1973, pasado por desazones y traiciones,

penalidades y combates y

retrocesos y hambres;

jamás humillado, jamás herido ni aplazado,

atreviéndome siempre a ser quién soy,

tal y como me lo aconsejó una tarde en Atenas olímpica

el más eminente de mis antepasados:

a mí, griego de Ciales,

africano de Loiza Aldea,

romano de Lares, catalán de La Jagua,

puertorriqueño desde Fajardo a Cabo Rojo

y comunista hasta sentir la tierra en que nací

como si fuese una hermana dolida,

ultrajada, violada, abandonada, dejada

de la mano de Dios, tan triste que me obliga

a matar sin sentir odio ni ganas de matar;

a morirme del deseo de ver a todos

los obreros del mundo unidos y triunfantes.

Y a vivir, vivir, querer vivir

para vengar a Van Troi traicionado,

para combatir junto a Toño y a Carmen y a Manuel,

luchar junto a los que tienen dieciocho años,

hasta clavar el último dólar contra el paredón de Jayuya

y llegándome hasta la tumba de Albizu

- Ya está hecho viejo, decirle. -

(Leído en el ATENEO PUERTORRIQUEÑO la noche del 28 de noviembre,
al recibir el Premio de Honor de 1973.)

LA DIALECTICA DE LA GUERRA... viene de la página 19

El ideal para una guerrilla no es sólo sorprender al enemigo, sino engañarlo siempre que se pueda hacerlo, de tal suerte que trate de ser fuerte donde la guerrilla no lo ataque, y que esté desprevenido donde vaya a recibir el golpe decisivo y sorpresivo.

En una ciudad, la guerrilla debe partir de un ejército operacional de no menos de 50 guerrilleros rigurosamente clandestinos: una vez que inicien operaciones no deben dejar entrar a nadie, durante tres o cuatro meses, hasta que hayan producido mucha población favorable, que ha de ser muy filtrada, hasta llegar a los escalones de comando del ejército de liberación. Para reservarse la sorpresa, nadie debe saber más de lo que le sea indispensable para cumplir su misión, ni conocer demasiadas personas de acción, a fin de tabicar debidamente los escalones de combate.

Cuando la guerra revolucionaria llega a su punto culminante, a momentos dramáticos de represión, se trata de buscar información sobre la guerrilla, deteniendo a diestro y siniestro, a fin de ir encontrando la cabeza dirigente del ejército de liberación. Consecuentemente, nadie debe saber demasiado, sino únicamente lo que le concierne, a fin de no abrir brechas por donde el adversario se introduzca en los comandos de guerra revolucionaria, para paralizarlos con detenciones, delaciones y cruentas represiones.

En el campo, la sorpresa depende, frecuentemente, de las marchas nocturnas, de contar con una mochila que resista con municiones y alimentos para algunos días, utilizando, por el terreno, todo lo que sea comestible, y mejorándolo con aportes de la mochila. Programar una mochila guerrillera, que con la ayuda de los recursos del terreno dure varios días, constituye la base de la movilidad guerrillera, ya que así no se queda uno sujeto al terreno, dependiendo de los abastecimientos, como un ejército pesado. El guerrillero debe dormir pocas veces en el mismo sitio, tanto en ciudad como en el campo, a fin de que la movilidad máxima le dé más seguridad, más duración frente a las fuerzas represivas.

En las guerrillas rurales, cuando ya se cuenta con algunas centenas de guerrilleros, se puede aspirar a mantener una base de guerrilla, no rigurosamente aferrados al terreno, sino moviéndose libremente en la línea interior de un macizo montañoso y boscoso, que es lo más apropiado para la creación de una base guerrillera. En las guerrillas urbanas, cada guerrillero tiene que contar con cuatro o cinco domicilios, a fin de mudarse rápidamente de unos en otros, sobre todo, en la primera fase de la guerra revolucionaria que es la más difícil para la seguridad, la sobrevivencia y el combate. Una vez calentada una ciudad, cuando los barrios obreros y otros son población favorable, la guerrilla debe estar dentro de ellos, ya que será difícilmente aprehensible por el ejército enemigo y la policía represiva. En consecuencia, para producir población favorable, para levantar barrios enteros contra un régimen odiado, tiránico, hay que hacer cosas que conduzcan a ganar más y más población: único medio de triunfar en la guerra revolucionaria, tanto en la ciudad como en el campo.

VIII. - LA SUPERIORIDAD DEL NUMERO -

En la guerra, no basta, para merecer la victoria, tener la superioridad absoluta del número de combatientes, sino más bien, estratégicamente, hay que lograr la superioridad numérica en cierto lugar y en determinado momento; aunque sea por un tiempo muy limitado, sobre todo, tratándose de un ejército guerrillero, enfrentado con un poderoso ejército regular, que tenga una superioridad absoluta en todo un país; pero no en un lugar dado, donde la guerrilla ataque con superioridad de número y de fuego, sorpresivamente.

Para Clausewitz, "la superioridad numérica sólo es uno de los factores que producen la victoria y que, por lo tanto, lejos de haber conseguido todo o tan siquiera lo principal mediante la superioridad numérica, tal vez hayamos obtenido muy poco con ella, de acuerdo con la forma en que suelen variar las circunstancias pertinentes" (1). Así, por ejemplo, Federico II de Prusia, venció, en la batalla de Leuthen, a 80.000 austríacos con 30.000 prusianos; en la batalla de Rosbach, derrotó a 50.000 aliados con 25.000 soldados propios; Napoleón ganó la batalla de Dresde con 120.000 franceses contra 220.000 enemigos; en la Antigüedad, Ciro venció a Creso y sus aliados con inferioridad grande de número; a su vez, Alejandro el Grande, venció a los descendientes de Ciro con manifiesta inferioridad de tropas; Aníbal venció con menos tropa que los romanos, pero con mejor táctica maniobrera, en la famosa batalla de Cannas; en la guerra revolucionaria moderna, los guerrilleros de Fidel Castro, de Viet-Nam del Sur y de Argelia, triunfan sobre poderosos ejércitos regulares, con inferioridad de número, pero con superioridad de él en el lugar elegido para la ofensiva de la guerrilla. Un ejército de liberación, de formaciones regulares livianas, cubiertas por guerrillas propias en la espalda del enemigo, debe basar su doctrina estratégica en conseguir una superioridad relativa de número y de fuego, en un punto dado, ya que tiene manifiesta inferioridad absoluta en todo el frente de guerra. En términos estratégicos, una fuerza guerrillera debe procurar concentrar rápidamente, sigilosa y hábilmente, una fuerza grande donde el enemigo sea pequeño; hay que conseguir una superioridad relativa, en tiempo y espacio, para desencadenar un ataque decisivo, rápido, demoledor, instantáneo, sorpresivo.

En el arte de la guerra, la suerte del combate depende de combinar, objetiva y subjetivamente, los principios tácticos y estratégicos a fin de que el conductor más brillante merezca la victoria, aún a pesar de ser el menos fuerte, en potencia de fuego y de número, en forma absoluta; pero no relativamente en el lugar mismo del encuentro entre dos fuerzas combatientes.

La correlación de fuerzas en presencia, en el punto mismo de la batalla, es un factor decisivo: pues si lejos de él hay muchas tropas, que no intervienen, es tanto como si no existieran estratégicamente. Para una tropa de guerrilla, emplear todas las fuerzas es muy importante ya que, de lo contrario, si la guerrilla es escasa y no tiene las fuerzas reunidas, se presta a ser batida por separado. En este orden de ideas, en campo o en ciudad, la guerrilla debe vivir separada (para tener más adaptabilidad al terreno, para abastecerse mejor, para lograr una clandestinidad coherente); pero a condición de que en

(1) Clausewitz, K. von. DE LA GUERRA, cap. VIII, Parte Primera.

el momento decisivo, toda la guerrilla pueda cooperar combativamente en el mismo lugar o en sitios diferentes (sobre todo, en las ciudades, para dispersar mucho al enemigo, a fin de ser más fuerte que él en un punto dado y no en todos).

La fuerza bruta militar, el número de soldados, si bien es un factor de los más decisivos en el combate, no da una resultante estratégica ni para el fuego ni la maniobra, cuando se trata de tropas constituidas por elementos humanos desiguales, con baja disciplina, mala preparación política, poca moral, exigua combatividad táctica y lenta movilidad. En tropas guerrilleras, la victoria depende de ser superior al enemigo, no en número, sino en moral, política, disciplina, espíritu de sacrificio, velocidad de marcha y buen comportamiento con las poblaciones; en saber sufrir el hambre, la sed, el barro, la lluvia, la fatiga, el insomnio, etc. Todos estos factores subjetivos deben ser el arma secreta del guerrillero contra el militar reaccionario, que tiene a su favor los factores objetivos (superioridad de número y de fuego). En las guerras revolucionarias, la moral decide más el triunfo que el material de guerra: siempre gana, finalmente, el bando que dura más, que resiste más, que tiene más moral de lucha.

En las guerras imperialistas y nacionales, deciden siempre la victoria los elementos primarios: (el fuego y el número), es decir, la masa humana y la economía de guerra, la estrategia logística; pero en las guerras revolucionarias, lo decisivo, finalmente, es la moral, la política, la población favorable, la capacidad de resistencia al infinito, frente a una gran potencia, como Viet-Nam ante el poderío bruto, logístico, del Pentágono: incapaz de ganar la guerra por medio de la electrónica, la marina, la aviación, los blindados, la infantería regular, las masas de artillería, las bandadas de helicópteros etc., etc.

El comandante en jefe de un ejército represivo, que haga sus cálculos estratégicos, solamente teniendo en cuenta factores cuantitativos de fuego y número, se expone a la derrota, ya que el rendimiento de sus tropas en una guerra revolucionaria, no será elevado, si los guerrilleros y sus unidades regulares volantes, se combinan para dispersar al adversario, en tiempo y espacio, tanto en montañas como en pueblos y ciudades, en una guerra total, sin líneas fijas ni continuas, sino siempre con guerra en superficie.

La superioridad numérica de un ejército sobre otro es aplastante cuando es fluida, pero no da la victoria cuando un ejército grande no puede moverse ante operaciones de un ejército pequeño, que lo va desgastando, poco a poco, haciendo la "estrategia de la alcachofa". En Salamina, la flota persa, superior en número a la helénica, fue derrotada, en 480. (a. J.C.), porque se metió en un lugar donde no podía maniobrar, mientras las naves helénicas empleaban allí toda su potencia de combate con libertad de movimientos.

El arte estratégico de un comandante reside, en el curso de una campaña o en el momento de un combate o de una batalla, en procurar la superioridad de número y de fuego relativa, aunque se fuere muy inferior absolutamente en todo el frente de lucha. Al respecto, he aquí unos conceptos del general von Bernhardi: "...infligir al adver-

sario tales pérdidas hasta que su superioridad numérica devenga nula o inutilizable", conduce a la conclusión siguiente: "Un general es capaz de compensar la superioridad del adversario, a condición de que la correlación numérica de fuerzas en presencia le deje, de una manera o de otra, la facultad de infligir pérdidas bastante fuertes como para destruir a su adversario" (1).

Para que la correlación de fuerzas en presencia sea favorable a un ejército guerrillero, hay que batir a las fracciones del ejército enemigo en forma separada; hay que separar sus fuerzas en el espacio por medio de la guerra de guerrillas en superficie o como en manchas de piel de leopardo; hay que infiltrarse por los intersticios de esas manchas con guerrillas en retaguardia enemiga; hay que tener poca profundidad de tropa en línea fija y mucha densidad de fuerza en el lugar elegido para el combate, pero sin quedarse mucho tiempo en él, luego de terminada la operación; hay que empeñar todos los combatientes revolucionarios simultáneamente en el mismo lugar y tiempo, o en espacios distintos y en el mismo tiempo, para obtener un gran rendimiento estratégico: pues el empleo sucesivo o fraccionario de una fuerza chica (guerrilla) la hace más pequeña al ser dosificada en tiempo y espacio; hay que ajustar la cantidad de fuerzas al espacio de una operación militar, de tal suerte que sea posible un combate circular contra el enemigo, lo cual da una victoria total; hay que mover una guerrilla por líneas interiores, para que, en montaña o en ciudad, ella no sea demasiado pesada (para no perder movilidad estratégica), ni demasiado chica (para no carecer de superioridad táctica, de fuego y de número), a fin de tener siempre libertad de movimientos e iniciativa en las operaciones; hay que ser una guerrilla suficientemente móvil y maniobrera, para poder trasladar el frente a la retaguardia enemiga, pasando por todo terreno: diluyéndose entre la población favorable, teniendo, en ella, a guerrilleros de retaguardia combinados con la guerrilla de vanguardia; hay que durar en el espacio urbano o montañoso, para ganar tiempo y población favorable, cuando el adversario tienda un cerco con gran superioridad de número y fuego; hay que estar informado siempre del punto débil del enemigo, para caer sobre él y lograr una y otra victoria pequeña pero, que al sumarse, una a una, dará la victoria final; hay que romper los cercos contra la guerrilla pasando entre dos columnas enemigas muy separadas (o enfrentando a una de ellas con mucha superioridad de fuego y número, en un combate nocturno); hay que tener siempre una clara noción de la cantidad y la calidad de las tropas propias y de las enemigas, para no entrar más que en combates con el 80 al 90 % de posibilidades de triunfo; hay que conservar en montaña la mayor extensión posible en un acantonamiento guerrillero, para no ser sorprendido y copado por el enemigo, pues la extensión permite la dispersión, tanto en ciudad como en campo, para dar fluidez a la guerrilla, a condición de que siempre reúna sus fuerzas para combatir juntas; hay que emplear todas las fuerzas disponibles con vista al logro de un plan estratégico, para que todas ellas cooperen, en todo momento, a la realización de ese fin, sin pasividad e inmovilidad.

Las guerras revolucionarias deben movilizar a toda la población en armas, para neutralizar con múltiples guerrillas la superioridad

(1) Bernhardt, von. LA GUERRE D'AUJOURD'HUI. Cap. II (La Force et le Nombre).

numérica de los soldados enemigos. Durante la Revolución Francesa de 1789-93, el ejército regular revolucionario era chico, pero fue apoyado por 2.551.000 guardias nacionales, que, cual vasta guerrilla voluntaria, era irresistible, con su superioridad de número, en el campo de batalla, como en Valmy y Yemampes.

Durante la Antigüedad y la Edad Media, el pueblo no combatía, pues estaba constituido por proletarios, esclavos y siervos, oprimidos por "señores de la guerra". Así las cosas, en el Mundo Antiguo, de cada 1.000.000 de habitantes combatían muy escasas tropas (de 14.000 a 45.000 hombres, en la Grecia del siglo V y IV a. J.C.); entre los siglos XII al XV, (d. J.C.), en la Alta Edad Media, la cantidad de tropa por millón de habitantes, con una economía de escasez no rebasaba los 2.000 a los 10.000 hombres); en la época del capitalismo desarrollado, se ha producido la guerra como un negocio económico de las empresas enquistadas en los presupuestos de guerra. Alemania llegó a movilizar durante la segunda guerra mundial de 1939/45 hasta el 21% de su población, es decir, 17 millones de combatientes y asimilados de sus 80 millones de habitantes. La URSS puso en armas 22 millones de soldados (12,8% de su población de 172 millones de habitantes); EE.UU. movilizó 14 millones de soldados (10% de su población). Se ha demostrado históricamente que a partir de una movilización de más del 10% de la población de un país, la guerra si es larga se pierde económicamente, por un deterioro económico, por falta de alimentos, materias primas, producción industrial, hambre en la retaguardia, desmoralización, es decir, por una derrota logística. Alemania consiguió movilizar hasta el 21% de su población sólo porque disponía de cerca de 10 millones de mano de obra esclava de Europa, que sustituía a sus operarios en las fábricas y en la agricultura.

La guerra civil de España (1936/1939), la perdió el pueblo más por una derrota económica que por una derrota militar; terminó la contienda por hambre; pues, en marzo de 1939, si hubiera habido recursos todavía quedaban, en manos del pueblo -en los frentes centro y sur-, más de medio millón de bayonetas; en cambio, el 18 de julio de 1936 sin ninguna bayoneta, con mucha moral y excelente política, el pueblo asaltó los cuarteles: ganó moralmente la primera batalla revolucionaria. De ahí que en las guerras revolucionarias no sólo ganan las armas y el número de soldados, sino más bien la moral, la política, la unión popular, la resistencia más férrea. En el Viet-Nam, por ejemplo, los norteamericanos pueden permitirse el lujo de gastar u\$s 25.000 millones, todos los años, pues ello no es mucho económicamente para un país con 850.000 millones de renta nacional bruta. En cambio, el gobierno norteamericano teme perder moralmente la guerra de Viet-Nam en su retaguardia, frente a la "rebelión negra", las protestas estudiantiles, los "hippies" y al estado de opinión desfavorable a la guerra viet-namita, que está desgastando la moral burguesa en la retaguardia norteamericana.

Una guerra revolucionaria a la escala continental, entre Latinoamérica y Norteamérica, tendría sus mejores generales, en el General Espacio y el General Tiempo, en la guerra prolongada, para obtener así los mejores éxitos de desmoralización en la retaguardia norteamericana.

La superioridad de número del ejército pentagónico es estratégicamente

camente muy relativa. Durante la segunda guerra mundial, de 8.300.000 combatientes norteamericanos de las fuerzas operacionales concretas, 600.000 estaban disponibles permanentemente (en formaciones militares o en curso de ser transportadas), de los 7.700.000 combatientes restantes los 2/3 (5.130.000 soldados) pertenecían a servicios; es decir, que muy pocos soldados eran realmente combatientes de línea, en las fuerzas norteamericanas.

No hay, pues, que temer al ejército norteamericano: excesivamente burocratizado, muy burgués, caro en finanzas (unos u\$s 300 millones por división pentagónica), lo cual es un negocio para la industria pesada, parasitaria del presupuesto de la defensa nacional. La infantería norteamericana brilla por ausencia en los frentes de choque y asalto, cuando no tiene tropas cipayas que emplear, ya que la mayor parte de sus soldados pertenecen a tropas auxiliares, servicios, burocracia de Estado Mayor, tropas paramilitares, etc., etc. A la hora actual, de una división pentagónica de 18.000 hombres no había de ella combatientes de línea más de dos batallones. Consecuentemente, para vencer a la "gran potencia norteamericana", que tiene los pies de barro, hay que batirla desmoralizándola con la guerra prolongada, guerra en un vasto espacio, donde no haya salida hacia la victoria para las divisiones pentagónicas, sino a una paz impuesta por los revolucionarios: aceptada por los imperialistas yanquis, debido a su agotamiento moral y político de su retaguardia, más que en su vanguardia.

La estrategia de las guerras de material, de grandes unidades pentagónicas, no tiene ya la posibilidad de hacer la historia en las condiciones queridas por los generales del Pentágono, los diplomáticos del Departamento de Estado y los "big busines" de Wall Street. Ahora, como siempre, la historia la hacen los hombres libres, los pueblos heroicos, las clases oprimidas rebeladas contra las clases opresoras y los imperios de turno, que van desapareciendo en la dialéctica implacable de la historia de la humanidad.

Unos pocos hombres, unidos en pensamiento y acción, con un programa de liberación claro y atrayente para las masas oprimidas, pueden, por medio de la acción directa, derrocar a las clases opresoras de cada país y batir además a las fuerzas imperialistas que vengan de fuera a defenderlas. América Latina tiene el espacio, la población, las ciudades, las montañas, los campos, las razones, las pasiones, el hombre y el terreno, las condiciones estratégicas y tácticas apropiadas para vencer a los ejércitos de las oligarquías nativas y a las divisiones pentagónicas que vengan a ayudarlos, si campesinos, obreros, estudiantes, intelectuales y clases medias proletarizadas, hacen un frente unido de liberación: por la unidad latinoamericana contra el imperialismo, la reforma agraria contra las oligarquías terratenientes y la defensa de la libertad y el derecho contra las dictaduras militaristas.

Las divisiones acorazadas, la aviación de bombardeo, los "marines" del Pentágono, las tropas de choque de infantería, las fuerzas represivas de paracaidistas, las cargas de las policías, la artillería, la caballería, nada pueden contra un pueblo oprimido y explotado, cuya liberación política, social y económica no puede ser más aplazada en el curso de la historia. Arquímedes, teniendo conciencia científica

de las leyes de la mecánica, decía: "dadme una palanca y levantaré el mundo". En la guerra revolucionaria una diminuta guerrilla, que actúe en función de los deseos políticos de todo un pueblo, pero circunstancias históricas apropiadas, puede derrotar a los más grandes ejércitos nacionales e imperialistas, aunque ambos, por la fuerza del número y del fuego, luchan contra ella en el mismo frente. Se podría decir estratégicamente: dadme una dictadura, un régimen bastante odioso para todo el pueblo, y con una buena política de liberación y una pequeña guerrilla, lo venceré en el curso del tiempo, hasta que se trastocuen dialécticamente las fuerzas en presencia: hasta que lo pequeño (la guerrilla) se convierta en grande y lo grande (el ejército represivo), se transforme en una fuerza dispersa y desmoralizada.

Con un centenar de guerrilleros, actuando en función del partido del descontento, de la democracia, de la lucha por la libertad, de los deseos de todo un pueblo, como en el caso de Brasil, con el gobierno de Costa y Silva (odiado por la burguesía, los obreros, los campesinos, los intelectuales, los estudiantes y hasta por la Iglesia), si una guerrilla no triunfa militarmente sobre ese ejército dictatorial, es porque no tiene una política nacional clara, auténtica y realista, sin hipotecas dogmáticas de ninguna clase, para presentarse así como el brazo armado del pueblo, como la esperanza nacional, como la luz de la libertad en medio de las tinieblas de la dictadura ominosa y vergonzosa.

La fuerza bruta del número de soldados y la capacidad de fuego de las armas, no deciden la victoria en las guerras revolucionarias: no vence quien tiene más cañones, sino quien defiende las razones del pueblo contra sus opresores y explotadores: dadme, pues, un puñado de hombres armados con fe, la justicia, la libertad y la esperanza de todo un pueblo y venceré a los más grandes ejércitos de la tierra: dadme una minoría activa, inteligente, audaz, flexible y armada, donde haya que defender la libertad y la justicia atropellada por los pretorianos: la victoria será de la minoría que con sus hechos movilice en su ayuda a la gran mayoría de las masas oprimidas.

IX. - LA SUPERIORIDAD DEL FUEGO -

Para una guerrilla revolucionaria lo fundamental es ser siempre más fuerte que el enemigo: primero en lo particular, en un punto dado; y luego, en lo general, en todo el teatro de la guerra, cuando todo un pueblo sea levantado en armas por el ejemplo, la prédica, la política y el prestigio del ejército revolucionario.

La guerra es un ejemplo dialéctico de una contradicción en presencia, representada por dos bandos contrarios que interdependen el uno del otro, que se buscan, se combaten, eluden y van hacia un desenlace: victorioso sólo para uno de los contendientes.

"La guerra es el choque de fuerzas opuestas entre sí, de donde resulte, en consecuencia que la más fuerte no sólo destruye a la otra, sino que la arrastra en su movimiento. Fundamentalmente, esto no admite la acción sucesiva de fuerzas, sino que hace aparecer como ley

principal de la guerra, la de la aplicación simultánea de todas las fuerzas destinadas a intervenir en el choque" (1).

Para evitar que un poderoso ejército se concentre contra una pequeña guerrilla, hay que dar a ésta mucha movilidad sin fijarla al terreno, donde el adversario podría cercarla y aniquilarla, teniendo ahí todas sus fuerzas reunidas, toda su potencia de número y de fuego. Un ejército revolucionario debe atacar y actuar por todas partes, no dejando ninguna zona de un país en estado de pasividad, a fin de que el enemigo potente se disperse, de que sea siempre más débil que los revolucionarios en el lugar que éstos elijan para pasar al ataque. La guerra en superficie es una guerra política sin población neutral posible, sino todo el pueblo en estado de insurrección, bajo distintas formas de guerra revolucionaria: (huelgas, manifestaciones, protestas estudiantiles, golpes de mano, ataques a las comunicaciones enemigas, operaciones guerrilleras en retaguardia enemiga, combates del ejército de liberación en zonas liberadas, etc., etc.).

Para triunfar en el lugar elegido para el combate, hay que actuar decididamente, con mayor potencia de fuego y de número que el enemigo, actuando sorpresivamente, a fin de tener a favor, por lo menos, el 80% del éxito militar, cuando se trate de un ejército revolucionario de liberación, en operaciones con grupos guerrilleros.

En determinadas condiciones, 250 guerrilleros pueden tener más potencia de fuego que 500 soldados regulares si éstos son atacados, sorpresivamente, en un desfiladero o en una larga columna sobre selva y montaña, de tal suerte que se les pueda cortar la cabeza o la cola de su columna, sin que puedan defenderse y atacar, a la vez, los 500, a causa de ir en fila india, muy alejados los unos de los otros. Por otra parte, el ejército regular suele tener divididas sus armas especializadas: artillería, caballería, blindados, aviación, etc. Un destacamento enemigo, introducido en zona de montaña, sin apoyo de sus blindados y artillería, puede ser destruido por dos o tres destacamentos guerrilleros si a su potencia triple de número añaden una superioridad de fuego: morteros livianos del 61 y 81, bazookas, cañones livianos sin retroceso, armas automáticas, bombas de mano (más efectivas a corta distancia que morteros, bazookas y cañones sin retroceso). Unos grupos pesados guerrilleros y una infantería dotada de bombas de mano, que actúen por sorpresa, pueden unir la artillería y la infantería, marchando por todo terreno como infantería, cosa que no pueden hacer los ejércitos regulares burgueses, incapaces de marchar por todo terreno, sin dejar sus armas pesadas en la retaguardia, cuando hacen marchas por zonas de montaña muy boscosa.

La poderosa superioridad de fuego de los norteamericanos en Viet-Nam es neutralizada por los guerrilleros utilizando eficazmente el terreno, minando caminos y aldeas, cavando túneles por todas partes para eludir el napalm y el bombardeo aéreo, incluso los campesinos hacen refugios para sus búfalos. Un pueblo que se ponga en marcha, que haga la guerra de los topes, que sude cavando, no sangrará ni morirá, será siempre un pueblo victorioso y heroico. Frente al poder de las fábricas imperialistas, hay un sólo remedio contra el

(1) Clausewitz, Karl von. DE LA GUERRA, Libr. III. Cap. XII.

fuego: cavar, utilizar el terreno, no fijarse al espacio, extender la guerra por todas partes, para ganarla, no por las armas, sino por la duración misma del conflicto, desmoralizando al enemigo invasor que, llegado un momento, no tiene más reservas políticas para continuar la guerra no querida por su pueblo.

Para triunfar en el punto decisivo, elegido para el combate de cerco y aniquilamiento, un ejército revolucionario, en el momento del asalto, a pocos metros del enemigo, haciendo una emboscada de ruta, bosque, etc., no debe ocupar demasiado espacio ni muy poco, a fin de que todos los combatientes puedan utilizar su potencia de choque y de fuego contra el adversario. Únicamente así la guerrilla crece a expensas de las armas y los pertrechos tomados al enemigo en el combate, para participar de su producción de guerra, ya que la guerrilla no tiene fábricas ni talleres pero con una estrategia brillante debe vivir y prosperar con la logística del adversario, un ejército revolucionario bien dirigido.

La guerrilla, en el asalto, tiene que emplear más potencia de fuego que el enemigo, combinando para ello, bombas de mano, artillería liviana de infantería (morteros 61, 81, bazookas, cañones sin retroceso etc.), para abrirse paso frente a una infantería, desprovista de armamento pesado o semipesado, aislada del grueso de su ejército.

El guerrillero debe atacar violentamente, con un poder enorme de fuego y de número, a fin de que el combate sea muy breve; pues no se han de gastar municiones en exceso, ya que la guerrilla se quedaría así desarmada; hay siempre que recoger más material y municiones del enemigo, por cercos aniquilamientos, que lo gastado contra él para lograr esos objetivos, tanto en guerra de montaña como de ciudad.

Lograr la potencia máxima de fuego es uno de los factores más decisivos del triunfo en los combates: pues el poder de fuego fija al enemigo al terreno, lo desmoraliza y aniquila, permitiendo, a su vez, maniobrar sobre el terreno, mientras el adversario queda paralizado. El guerrillero, para triunfar, en ciudad, montaña y campo, debe procurarse siempre, la potencia máxima de número y de fuego, para vivir así de la intendencia del enemigo, copándolo en todos los combates, ganando municiones y armamentos.

El arma ideal automática del guerrillero debería ser una metralleta del 22 con gran potencia de fuego, con alcance y eficiencia, ofensiva y defensiva, para llevar mucha munición; pero el guerrillero no debe tener preferencias sobre las armas; tiene que llevar los calibres y las armas del enemigo, para abastecerse de él, para hacer la guerra con cargo a los presupuestos y almacenes del adversario.

X. - PRINCIPIO DE LAS ARMAS COMBINADAS -

Hay cuatro grandes períodos históricos del armamento, de las técnicas de la guerra, que modifican las tácticas militares más que las estrategias. Puede cambiar, técnicamente, la forma de hacer la guerra, pero no, estratégicamente, pues ella es otra forma de la política; su intensidad y encarnizamiento está en razón directa de la gravedad de los conflictos políticos entre las naciones, bloques de naciones y

clases sociales antagónicas.

De los cuatro grandes periodos del armamento en el curso de la historia podemos enunciar los siguientes: 1) el hacha de sílex, la pica, la espada, el arco y la flecha, la balista y la catapulta, el aríete, en que las armas se propulsan con fuerza muscular humana; 2) las armas de fuego, empleadas en el siglo XVI de nuestra era, el cañón, y luego los mosquetas, cuya cadencia de tiro y alcance fue muy limitado, hasta finales del siglo XVIII; 3) el cañón, el fusil y la ametralladora, con caño rayado y carga por la culata, de gran potencia de fuego, que se desarrollaron desde finales del siglo XIX al siglo XX, en las dos últimas guerras mundiales; 4) las armas atómicas, químicas y bacteriológicas, que pudieran ser empleadas o no en una tercera guerra mundial.

Hasta el empleo de la artillería con proyectil estallante y no sólo perforante, las armas han sido para batir un punto coincidente con su trayectoria; después, con el proyectil estallante, las armas no batían un punto sino una superficie; las armas atómicas son tridimensionales: destruyen e infectan con sus radiaciones, kilómetros cúbicos y no metros cuadrados; los proyectiles intercontinentales son cuadrimensionales: llevan las armas de destrucción en masa, de un punto a otro en la Tierra, a velocidades cósmicas, es decir, reducen objetivamente el espacio estratégico.

Con armas unidimensionales (fusil, ametralladora, espada, pica, etc.) sólo se bate un punto: tienen poca potencia para destruir una fortificación, asaltar un reducto, parar un camión en movimiento, etc. Así, pues, una guerrilla rural o urbana que sólo cuente con armas unidimensionales, la costará mucho vencer, parcial o totalmente, a un ejército poderoso, equipado con muchos blindados, artillería, aviación, es decir, con armas bidimensionales. Por tanto, una guerrilla debe equiparse con armas livianas unidimensionales (fusiles ametralladores, metralletas, rifles, etc.); pero debe añadir una cantidad apropiada de armas bidimensionales (bombas de mano, bombas incendiarias antitanques, morteros del 61 y 81, bazookas, cañones sin retroceso), que pueden ser transportadas a hombro, por todo terreno o en pequeños automóviles (en guerra urbana).

Uno de los principios básicos sobre armamento es: que jamás ninguna arma gana el combate, en lo particular sino todas ellas, solidaria y armónicamente, en lo general. Otro de los principios del armamento reside en el hecho de que todas las armas están en función del terreno.

En montaña muy elevada y boscosa, las armas pesadas son inservibles: no pueden pasar por empinadas cuestas ni por el laberinto de la selva virgen. Consecuentemente, una guerrilla, dotada de armas livianas, lineales y bidimensionales, podrá vencer a un ejército regular, en selva y montaña elevada, cuando éste no pueda utilizar su caballería blindada (tanques); su caballería aérea (helicópteros de difícil aterrizaje en bosque tupido, si son hostigados con armas antiaéreas eficientes); artillería pesada y semipesada); aviación de combate (si el guerrillero utiliza bien el terreno, para escapar al bombardeo aéreo). Por altas montañas selváticas no puede pasar, en una sola columna, más de una compañía enemiga, debido a que hay que hacer picadas, a que la fila india de marcha es muy larga, pudiendo ser atacada, su cabeza o

cola, por los guerrilleros. Estos podrán triunfar en la línea interior (una base de guerrilla semi-liberada), si concentran cuatro o cinco compañías o columnas contra una del enemigo, que esté muy separada de las otras.

Al eliminar el armamento pesado y las grandes unidades, en función del terreno escarpado de alta sierra boscosa, el guerrillero tiene dos leyes estratégicas a su favor: a) armas pesadas del enemigo anuladas (artillería, blindados, etc.); b) grandes unidades militares superiores a compañía (batallones, brigadas divisiones y cuerpos de ejército), que son inoperacionales contra una guerrilla de montaña, que se mueve ágil y constantemente, en su línea interior, sin mantener frente fijo.

En guerrilla urbana, el rendimiento estratégico es mayor: los helicópteros, los aviones tácticos de despegue vertical, la aviación de bombardeo, que actualmente son las armas antiguerrilleros por excelencia en Viet-Nam, y lo serán en el futuro, no pueden ser empleadas contra una gran ciudad, (donde la guerrilla domina la calle, la población); pero no la ha liberado, para evitar su bombardeo, su cerco estratégico, logístico, económico, para hacerla entregarse por hambre. En la guerrilla urbana, cuando todo un pueblo toma parte en la lucha, sin liberar definitivamente una ciudad, dejando el gobierno simbólico al enemigo, pero teniendo el pueblo con la guerrilla, el empleo de la artillería, los blindados, la caballería, la infantería, es muy peligroso en las calles, ya que todo son ángulos favorables de ataque para el pueblo en armas, que desde calles, ventanas, tejados, puede derrotar a las fuerzas militares encajonadas en un laberinto de calles, en un dédalo, sin salida para un ejército sin apoyo popular.

Estratégicamente, lo ideal es combinar la guerrilla rural, de montaña y urbana, simultáneamente, para llevar al enemigo a una vasta guerra en superficie de modo que cuando vaya al campo con todas sus fuerzas pierda la ciudad por un golpe de gracia en su retaguardia. En coordinar la batalla de línea (en vanguardia, en campo y montaña) con la batalla de superficie (en ciudades y campos, en la retaguardia enemiga), reside el secreto de la victoria en la guerra revolucionaria, frente a los más grandes ejércitos nacionales o imperialistas que vinieren en su ayuda. Como la guerra es otra forma de la política, pero por métodos violentos, este tipo de estrategia combinada de campo y ciudad necesita apoyarse en la alianza de las poblaciones urbanas y rurales, en un frente unido de liberación contra las dictaduras oligárquicas.

La guerrilla, pues, debe combinar sus armas (lineales y bidimensionales), en todos los casos. Hay una multitud de ellas: escopetas con cartuchos de balines (que son a corta distancia un lanza-granadas formidable); fusiles, metralletas; bombas de mano; botellas incendiarias (todo el pueblo debe saber hacerlas, las más simples, y tirarlas, para que la calle hierva contra un poder tiránico e ilegal; baskas, morteros del 61 y 81 (tomados al enemigo); cañones sin retroceso; ametralladoras 50 y otras (en guerra de montaña, empleadas como antiaéreas contra helicópteros, tomadas de helicópteros derribados); bombas de mano de fabricación casera o quitadas al enemigo (las pólvoras de fuegos festivos, en doble o triple cantidad que la dinamita,

tienen su mismo efecto); como armas blindadas pueden ser empleadas topadoras, máquinas viales de diversos tipos, camiones, jeep y tractores con una protección frontal de cemento armado o con techos de acero (barras atadas con cable de acero, dejando una mirilla, para tirar), como poderosas armas de asalto, frente a una tiranía que merezca la pena no aguantar más y arriesgarlo todo contra ella, están los transportes de combustibles líquidos: (detonados con dinamita: haciendo de ruptura del casco de botellas de metano y acetileno); la civilización industrial urbana aporta todas esas armas; están al alcance del pueblo; únicamente le hace falta una conducción revolucionaria, que actúe en interés de la gran mayoría oprimida, cuando haya que derrocar una dictadura sangrienta, odiosa, criminal.

Los medios violentos no se justifican contra un régimen de prosperidad, democracia y respeto para la persona humana; pues sería criminal hacer terrorismo contra un orden legal en que el pueblo sea el sujeto de la historia: la violencia se justifica, política e históricamente, contra la violencia y la injusticia de las dictaduras, o las invasiones imperialistas, tipo Santo Domingo (1965), o Checoslovaquia, en 1968.

Decimos, en fin, que las armas se combinan y nunca se separan: para entrar en un cuartel, no basta con la infantería irregular del pueblo en armas; es necesario adicionar artillería, blindados (topadoras en función de tanques, que rompen las puertas o paredes del cuartel, llevando blindaje protector); una vez que los blindados abren el camino, el pueblo pasa; no se debe gastar mucha munición de infantería, para pelear contra tropas acuarteladas: con el pueblo ya en la calle, como Madrid en 1936, es necesario emplear la amenaza del fuego, de las superbombas de asalto (tanques inflamables, detonados con acetileno y dinamita, desde varios ángulos contra una fortaleza.) En suma, la acción insurreccional del pueblo, cuando lucha por sus libertades holladas, cuando no puede ni debe sufrir más el despotismo, entonces, sólo entonces, todos los medios son buenos para lograr el Poder; para abatir la tiranía o un militarismo al servicio del imperialismo y de las oligarquías. El poder del pueblo es nulo si está disperso: las armas se las combina con los hombres y los objetivos por medio de un Estado Mayor de la Revolución, sin lo cual siempre vence la tiranía sobre la democracia.

XI. - SERVICIO DE INFORMACION -

Un ejército revolucionario debe ser, antes que nada, un partido en armas, estructurado con una clandestinidad coherente tabicado de ramal de combate, sin contactos horizontales de grupo a grupo, sino con coordinación vertical, política y militar, al escalón departamental, comarcal, provincial, regional, nacional. En guerrilla urbana, cada célula de combate no debe relacionarse directamente con otra, sino pasando por un servicio de información de zona o de distrito, a fin de que el ejército combata junto, viva separado y no se relacione en los combatientes, de ramal a ramal, sino por intermedio del Estado Mayor Central.

Para evitar delaciones peligrosas, hay que ser sumamente discreto en todos los escalones del ejército revolucionario: nadie debe

saber más que lo estrictamente necesario para cumplir su misión, a fin de que, si hay detenciones de combatientes, no se produzcan "redadas" de consideración, con abundantes pérdidas de material logístico.

La guerrilla revolucionaria debe estar organizada en círculos: a) el Estado Mayor Central (EMC), a cuya cima sólo pueden llegar el Mando Político (Frente de Liberación y Junta de Liberación), los comandantes de grandes zonas urbanas y de regiones; b) en el segundo círculo, están los Comandantes de Ramal regional o de zona de ciudad, que conocen a miembros del EMC pero lossubordinados de ellos no tienen contacto directo con dicho organismo superior; c) en el tercer círculo forman las milicias locales y comarcas, pero cuyos comandantes no conocen más que al círculo 2) pero no al círculo 1); d) los comandantes locales y departamentales o comarcales no se conocen, entre sí, sino por intermedio del círculo 2, es decir, escalón provincial o regional. Entre todos estos círculos debe funcionar el Servicio de Información en Retaguardia Enemiga (SIRE), que estará conectado con el Servicio de Información Avanzada (SIA) del ejército popular de liberación. Por ejemplo, si este ejército ha liberado una zona de montaña, sin mantener aferradamente el espacio, sino moviéndose, táctica y estratégicamente, dentro de él, el SIA informa de lo que ve, desde su zona de frente, de su posición avanzada, como el Servicio de Información de un ejército regular en operaciones. Pero un ejército revolucionario debe ser victorioso, sobre todo, por tener detrás de su adversario los ojos y los oídos del pueblo, como servicio de información militar y de espionaje, para saber, en cada momento y hora, las intenciones, los movimientos, las cantidades de tropa y los armamentos del enemigo, a fin de serle siempre, en tiempo y espacio, superior en fuego y en número, atacándolo sorpresivamente. El trabajo informativo, en retaguardia enemiga, estará a cargo del SIRE: extendido por todas partes a través de la organización política (Frente de Liberación) y de los órganos de poder paralelo (Juntas: locales, provinciales, regionales y nacional de liberación), que ejercen el poder político clandestinamente, para dejar al gobierno enemigo en el vacío, desconectado del pueblo.

Si el SIRE indica, con suficiente tiempo, un cerco enemigo sobre una base de guerrilla, se abandona el terreno, de tal suerte que el adversario dé un golpe en el vacío; si el SIRE indicara que muy poca tropa represiva anti-guerrillera va por tal o cual sitio, hacia tal paraje y con tales intenciones, se prepara una emboscada con cuatro a cinco veces más número y potencia de fuego que ella, cercándola y aniquilándola, para crecer militarmente a expensas del botín: principal fuente de abastecimiento logístico para el ejército guerrillero.

El SIRE debe estar introducido en todas partes, para obtener información veraz y fresca, ya que información que llega tarde no sirve para nada militarmente. La información ha de llegar por dos o tres ramales diferentes: si dos certifican el mismo hecho, la información es buena; si viene por tres conductos y a tiempo, óptima; si solamente informa un ramal de enlace, la información es verosímil, tratándose de información proveniente de la retaguardia enemiga por las redes informativas del SIRE.

En cada comarca, zona, ciudad importante, provincia, etc., debe haber una central informativa (selectora y clasificadora de la información) que la depura y envía por claves radiotelefónicas, mensajes, etc. hacia el EMC de provincia, región o base de guerrilla. En el caso de una base de guerrilla, en montaña, los enlaces (personas que traen la información) y los que la seleccionan (informantes), deben estar separados, no conocerse entre sí, sino funcionando por medio del comando local o departamental, que, a su vez, estará en contacto directo con la base de guerrilla. Separar el enlace, la información y los transportes de abastecimientos, en ramales separados, incluso dentro de un mismo pueblo, impide que el enemigo descubra los circuitos de ligazón entre el pueblo y la guerrilla, sin los cuales no hay posibilidad de extender la guerra revolucionaria.

El SIRE de los pueblos y villas, cercanos a la base de la guerrilla, debe operar en contacto con el SIA, sin necesidad de pasar por el Estado Mayor o el Comando Guerrillero de Provincia, ya que la información pasando por allí perdería mucho tiempo, llegando sin valor militar hasta el SIA, es decir, hasta el Comando en Jefe de una Base Guerrillera.

En guerrilla urbana, el SIA estudia directamente sus objetivos: reúne toda la información necesaria, para que el EMC programe las operaciones, sin dar pasos en falso: sabiendo, objetivamente, antes de actuar como es el terreno, cuál es el punto débil, cuántos lo defienden, etc., etc. El SIRE, en guerrilla urbana, se introduce en todas las instituciones, policía, ejército, marina, aviación, ministerios, partidos políticos, sindicatos, centros deportivos, círculos, clubes, etc., etc., para recoger información. Por principio se dice, que lo que sabe secretamente un EMC, si tarda muy poco tiempo en pasar de la programación a la acción, también lo sabe el enemigo. En una guerra revolucionaria, guerra singularmente política, saber lo que pasa, se comenta, se dice y se hace, produce la información necesaria para saber todo lo que sucede a favor o contra la guerrilla. Un ejército de liberación, que siempre dé confidencias verdaderas y a tiempo al SIRE, podrá triunfar sobre sus enemigos, no tanto por su pericia táctica y estratégica, como por la colaboración informativa de la población favorable: sin amigos dentro del pueblo no puede prosperar una guerrilla para convertirse en ejército de liberación. Si la población delata en vez de informar sobre el enemigo, la mejor guerrilla táctica será derrotada políticamente.

Un buen servicio de información debe contar con toda clase de colaboradores: (chicos, jóvenes actuando de pastores y campesinos; monjas, curas y otros religiosos; personas insospechables; viejitos; jóvenes muchachas que se enteran de todo; farmacéuticos, médicos, secretarios de municipios; profesionales de todo orden; mercaderes de caminos; cultivadores próximas a las zonas de guerrilla, que son menos sospechosos (o que siéndolo no les puede impedir marchar por zonas de peligro); soldados, suboficiales y oficiales del enemigo; en las ciudades, los idóneos para llevar partes son los barrenderos, lecheros, repartidores de toda índole, cuando hay mucho rastrillaje por las calles, ya que pueden esconder un papelito entre las botellas, etc.

El ideal de la información es enterarse con dos días de anticipación de una lista de nombres para ser detenidos, o de una marcha del.

enemigo hacia tal punto y con tal material y cantidad de tropas, para que el ejército de liberación abandone su lugar (sin la correlación de fuerzas le es desfavorable), o para ceder terreno y atraer al enemigo hasta tal lugar, en que todas las fuerzas guerrilleras estarán reunidas, cercándolo por todas partes, sin que pueda escapar, para abastecerse de su material y equipos.

El SIA y el SIRE, permanentemente conectados, son los ojos y los oídos del ejército de liberación: si funcionan bien, la guerrilla tendrá más victorias que derrotas, pudiendo así pasar a la formación de un gran ejército de liberación popular.

Por principio, el servicio de información debe procurar, con su gabinete de falsificaciones, toda clase de documentación, pasaportes, etc. a los combatientes, para cambiarles los nombres cuantas veces sea necesario, a fin de escapar a la caza de la policía. Los sellos del enemigo estarán todos hechos en huecograbado: se levanta siempre un clisé de cada documentación, sello y orden tomada al enemigo; se pueden tomar papeles viejos y sobre ellos copiar los sellos; hay que tener la posibilidad de que el guerrillero tenga tres personalidades o cuatro: sacerdote, profesional respetuoso, militar, hombre de negocios, extranjero, etc.

En fin, es vasto el tema del servicio de información; pero, en síntesis, diremos que nunca se debe revelar a nadie el lugar de una operación, el día (D), la hora (H), ni donde están los materiales de guerra.

Sin buen Servicio de Información, en una guerra revolucionaria, sin que el pueblo sea los ojos y oídos de la guerrilla, en la retaguardia y el frente enemigo, no hay posibilidad de que el guerrillero venza al soldado regular: siempre con más potencia de número y fuego, que el ejército revolucionario. Pero si la guerrilla está bien informada, con noticias frescas, antes de que pierdan vigencia, lo chico (la guerrilla) siempre vencerá a lo grande (el ejército reaccionario). Pues, en las operaciones, sabiendo cuántos son los enemigos, se los podrá vencer con superioridad de número y de fuego de los guerrilleros, en un punto dado y por un tiempo muy limitado.

* * * * *

¿ LOS GOLPES ENSEÑAN ?

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

* * * * *

En estos días, cuando el mundo árabe imprime nuevamente su sello en la historia mundial, ¿no es acaso afortunado pasar los ojos otra vez por las páginas de T.E. Lawrence? Véase:
"Algunos ingleses, a cuya cabeza estaba Kitchener, creyeron que una rebelión árabe contra los turcos capacitaría Inglaterra, a vez que a hacer la guerra a Alemania, a derrotar Turquía, su aliada. Su conocimiento de la naturaleza, poder y países de los pueblos árabes, los hizo creer como feliz esa idea: e indicaba su carácter, su método. De modo que la permitieron, previa promesa de ayuda obtenida del Gobierno Británico. Y, sin embargo, la rebelión del Cherif de La Meda fue sorpresa para muchísimos: además, topó con la impreparación de los Aliados. Despertó complejos sentimientos e hizo amigos y enemigos poderosos, entre cuyas rivalidades en choque sus asuntos empezaron a abortar."
(THE SEVEN PILLARS OF WISDOM, Pág. 7, ed. Garden City Publishing Co., Nueva York, 1938.)